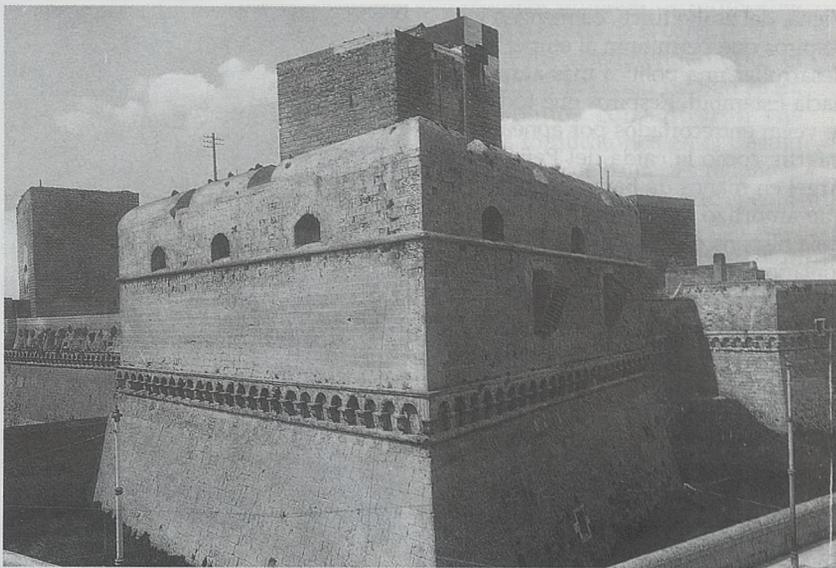


neras, y si se daba más altura al baluarte sobre el foso, dos o más casamatas por baluarte. La fórmula se difundía con lentitud.

La batalla de Ravenna, en que los españoles fueron derrotados, de 1512, movió al duque de Ferrara a construir grandes baluartes en su ciudad. El castillo de Niza, del ducado de Saboya, incorporó cinco baluartes en 1519. En 1521 se derriban las torres medievales de Florencia como peligrosas; era una sana medida de seguridad que el cardenal Julio de Medici tomaba contra al auge del poder imperial en Italia. Al entrar los franceses en Italia en 1526, y ante la urgencia de prestarles apoyo, Julio, ya Papa Clemente VII, convocó en Florencia un consejo de luminarias de la fortificación. Estaban Pedro Navarro, entonces al servicio de Génova, aliada de Francia, el gran ingeniero Antonio de Sangallo, Vitello Vitelli y el propio Maquiavelo, convertido ya al credo de la fortificación, cuando no mucho antes la había repudiado como impropia del príncipe benigno, y propusieron nuevas murallas y baluartes para Florencia.

La isla de Rodas tenía en 1522, cuando cayó en manos turcas, cinco baluartes, los llamados Auvernia, España, Inglaterra, Provenza e Italia. Los había construido Basilio de la Scala. Urbino, patria de los experimentados poliorcetas duques de Urbino, construyó por obra de Gian Battista Comandino, entre 1523 y 1525, once baluartes, nueve de ellos con orejones para proteger los flancos. Antes de 1524 el castillo de Bari ya contaba con cuatro baluartes modernos, mandados construir por su señora, Isabel Sforza de Aragón. En 1525 Pedro Francisco de Viterbo comienza a construir dos baluartes de tierra en Piacenza, que son recubiertos de fábrica en 1528. Michele de Sanmicheli, en 1527, es autor del famoso baluarte de la Maddalena de Verona y sus otras fortificaciones modernas.

¿Qué hace el emperador entretanto en materia de fortificación? Se sabe muy poco de ello, pues las fuentes bibliográficas contienen pocas referencias a obras suyas en Italia durante los primeros decenios de su vida. Debe creerse, sin embargo, que no hizo o no pudo hacer mucho.



El castillo de Bari fue reforzado por baluartes de la temprana transición.

Tenía problemas más urgentes. En 1519, cuando se hallaba en Barcelona asistiendo a la boda de la reina doña Germana con el marqués de Brandeburgo, siete fustas de corsarios atacaron la costa sin que un mal bergantín real les pudiera salir al encuentro. Cuando al año siguiente sube al trono Solimán II sus problemas comienzan en serio: en cinco años Hungría cae en manos turcas; la batalla de Mohacs la solventó el turco en hora y media con un aparato de artillería nunca visto.

El zapato que le aprieta a Carlos en el terreno militar es la artillería. No sólo la de Francia es más poderosa, sino que artilleros franceses que fueron echados por los españoles de la Apulia se pasaron a Constantinopla para ayudar a los turcos a fabricar cañones. No debe extrañar que él se considerase como uno de esos de los que hablaba Maquiavelo, que creían que *«la guerra se reducirá, con el tiempo, a la sola artillería»*⁶.

Para remediar esta situación Carlos V mandó llamar al flamenco Juan de Terramonda, al que nombró general de la artillería española en septiembre de 1523. No estuvo mucho tiempo en España, pues al año siguiente fue enviado como ingeniero a Flandes. En su lugar fue nombrado Tadino di Martinengo, prior de Barletta, que tanta experiencia tenía en materia de fortificación y que tan importante papel jugaría en la renovación del

parque de plazas y castillos del emperador. Pero eso, más tarde... Por el momento, y en materia de defensas fijas, Carlos I no podía sino confiar en lo que sus generales pudiesen buenamente hacer; así, en 1518 autoriza al marqués de Mondéjar, capitán general de Granada, a que con los recursos que pueda allegar construya torres en la costa; y sin poder hacer mucho más, promulga, en abril de 1525, la Segunda Ordenanza de las Guardas, en seguimiento de las dictadas en su día por el Rey Católico. Pobre remedio a la actividad corsaria.

ITALIA Y TÚNEZ, ESCUELAS DE GUERRA

En los reinos de Italia y el estado de Milán, la actividad militar española era más viva, y sobre todo, más pedagógica: los imperiales se pasaron quince o veinte años destruyendo y reparando fortalezas. Bien lo apreciaba el embajador Guicciardini cuando escribió que *«hanno fama li spagnuoli di vincere bene le terre, perchè e fanti loro sono atti a cometterle, forse più che altra fanteria, e anche se sogliono valere di ingegno di cave e fuochi lavorati»*⁷. No era tiempo de pensar metódicamente en las fortificaciones... todavía.

Cuando Fernando, hermano del emperador y nuevo rey de Hungría (nominal), logra salvar en 1529 la capital de los estados patrimoniales,